

Señor Pedro Prado.

1
3a

Santiago

Domingo 5 de Enero de 1913

Mi estimado amigo, creí no volver a escribirle desde aquí y por lo mismo usted cree ya igual cosa, dado el tiempo que he demorado en contestar su último carta. Pero no: tiene usted que soportar la falta de algunas carillas que me propongo llevar a su intención.

No le escribiré antes porque no tiene tranquilidad para hacerlo. Comenzada quedé una carta desde el jueves y ahora a cables de romperla, porque no correspondía al tono interior en que estoy, que es tranquilo, sereno, como esta tarde de día domingo en esta ciudad apacible.

¿Me ve usted? Solo estoy en mi pieza, ante mi mesa que una mano cariñosa adornó con un ramo de madreselvas, faros y neredas. En una mano el cigarrillo humeante y en la otra la pluma. A veces echo una mirada al patio, ya sin sol, atraído por el rápido ruido de unos pasos livianos o por el reumorse de las plantas, que el viento de la tarde sacude. Y al mirar hacia afuera veo la muralla gris y sobre la muralla un trozo de arquitectura sombreado por el sol pauciente y luego un cuadrado de cielo casi blanco rayado diagonalmente por dos alambres telefónicos.

Requiere de la
conciencia
vigilante

38

distantes

Y mientras escribo oigo voces de niños, que parecen caer por sobre la muralla gris y de tarde de en tarde el rumor de un coche. Nada más que estos ruidos en una inmensidad de silencio.

Me creerá usted si le digo que mi mayor deseo era llegar a Santiago antes del 1º de Enero, para recibir el nuevo año en compañía de mi mujer y de mi hija; y habrá de creerme también que este deseo hubo de ponerse en lucha con otro que hicieron nacer en mí los ojos llorosos de mi prima Marta el día antes de aquel en que debía embarcarme. Deseo de irme, deseo de quedarme, un conflicto interior espantoso, una resolución poco resuelta, un pesar al acordarme de los viejos y una dulzura al ver sonreír a mi prima. Algo terrible y delicioso.

Jueves 9 - Recuerdo que cuando llevaba escrito lo anterior llegó a mi piega Marta, en traje de paseo, con un sombrero enorme, a decirme que la acompañara a dar una vuelta por la plaza, que está aquí, en la puerta. Guardé, pues, estas cavillas con el propósito de continuar escribiéndole a unas tardar el lunes, y ya ve usted: hoy es jueves... Mañana de día jueves, clara, fresca, cielo azul y patio con mucho sol. (Ríe el sol, como diría el intermedio "zig-zag"). Acabo de...
gracia de amor...
plaza...

puede que en usted esas jornadas y pienso que
 ha de ser para algo bueno. ¡Qué agradable es
 tener confianza en alguien! Si es amigo, como
 usted, ¡qué descanso! Y si es amiga, como...
 X - letra que puede servir de nombre a todas
 las mujeres - ¡qué delicia! La verdad que pa-
 ra mí, a lo menos, nada hay tan recatado
 como abandonarse, como entregarse. ¡Si yo
 hubiera sido mujer! La sociedad ideal ^{sería}
 en mi concepto aquella en que una mujer
 manejara la voluntad y me dejara a mí en-
 tenderme con los sentimientos, cosa, por lo de-
 más, tan sencilla de entender... Que ella
quisiera y yo sintiera. Yo le diría: haz lo
 que quieras de mí y de todo. Y yo sería fe-
 liz. - Me asaltan dudas, sin embargo, de
 que ella lo fuera. —

Creo como usted en lo que se refiere
 a nuestra amistad. Yo, como buen primi-
 tivo, no entro en análisis ni en sutilezas:
siento que soy su amigo. Pero no tolero
 los distinguos que Ud. hace respecto a nues-
 tro respectivo valer literario y otros esteros.
 De todo corazón se lo digo: quisiera yo es-
 cribir como usted escribe y, lo que im-
 porta más, quisiera yo que mi espíritu
 tuviera la armoniosa construcción del suyo,
 que, aunque la suena a chiste, me hace
 el efecto de una noble arquitectura, por
 lo equilibrado, lo justo, lo sereno y lo com-

pleto. Si comparo su espíritu con el mío, adviento
que en el suyo el recto está contenido por el pensar
como ese macetero contiene las raíces de la rosa
aquella y no las deja esparcirse por el suelo. ~~El~~ Mi
macetero no es tal, querido. Pedro; apenas si se
trata de un tiesto desfundado, bajo el cual las
raíces salen a pares y, en cambio de la libertad
sentada, reciben pistones y magulladuras. —

¿Nuestro viaje a las tierras magallánicas? Mi
mayor deseo es que lo hagamos. He visto en los
diarios que irá a Punta Arenas una comisión
parlamentaria en un buque de guerra. ¿Se per-
dianamos ir de guerra también? ¿Sería difícil
conseguir la representación de algún diario?
Creo que vale la pena de considerar esto. —

Hace dos días fui a Coquimbo. El gobierno
de los marítimos nos proporcionó un bote. Re-
manos con Marta en la mar. Fue una tarde
muy linda. Había algunos veleros en la bahía.
Barcas todas blancas, doradas por el sol, de
complicada arboladura, y en ellas hombres
colorados y rubios, colgados de las vergas o de
los costados, ocupados en repintar el barco.
Vimos una gaviota parada en la alta punta
de un mástil y de tanto mirarla nos dolió la
neca. — Marta tiene cuatro bucarcos en la
mano derecha, los puertos en cuadrilátero. For-
mé con ellos una cruz, poniendo sus labios al
centro. — Creo embarcaremos el domingo en
el "Orcuña". Creo... Es inútil asegurar nada. —
El que dijo en "El Diario Ilustrado" que la Casa Alba
donada es el mejor libro del año 12, sabe lo que se di-
ce. Debe de ser Misael Correa. Hasta luego,
M. Magallanes